

## N O T A S

### APROXIMACIÓN A LUIS CARLOS LÓPEZ

Todo viajero que llega a Cartagena de Indias, en su recorrido por la ciudad, recalca inevitablemente en el llamado monumento a los *Zapatos Viejos* para recibir, frente a su extraña presencia, una doble sorpresa: la del monumento mismo y la del texto de un soneto que hace parte de él, grabado en una placa de piedra, y firmado por Luis C. López.

Recordemos sus palabras:

#### A MI CIUDAD NATIVA

*Ciudad triste, ayer reina  
de la mar*

J. M. DE HEREDIA

Noble rincón de mis abuelos: nada  
como evocar, cruzando callejuelas,  
los tiempos de la cruz y de la espada,  
del ahumado candil y las pajuelas...

Pues ya pasó, ciudad amurallada,  
tu edad de folletín... Las carabelas  
se fueron para siempre de tu rada...  
— ¡Ya no viene el aceite en botijuelas!

Fuiste heroica en los años coloniales,  
cuando tus hijos, águilas caudales,  
no eran una caterva de vencejos.

Mas hoy, plena de rancio desaliño.  
bien puedes inspirar ese cariño  
que uno les tiene a sus zapatos viejos...

Aquel texto, y casi sin excepción, suscita en sus lectores una impresión de ambigüedad y desconcierto, en razón de la mezcla que hay en él de añoranza por un pasado de signo heroico, y de repudio por un presente mirado oblicuamente por su sesgo pragmático y desangelado.

Para algunos despistados aquel texto, a pesar del tono afectivo de su terceto final, trasluce una actitud de evidente menosprecio o desamor del

poeta por la ciudad. ¡Grave error! Y error de desenfoque histórico. Y es que para situar e interpretar rectamente aquel texto es preciso recordar que la Cartagena del desaliño y los vencesos a que alude el poeta – su poema es anterior a 1920 – no es la Cartagena de hoy, renacida en pujanza de sus cenizas, sino la ciudad fantasmal, la que sobrevivió de la otra heroica, asolada, devastada, por los sitios y asedios de piratas y guerreros. No. Nada de menosprecio o desamor. Muy por el contrario, López amó tanto a su ciudad, que llegó a confundirse con ella y a convertirse, a la postre, en su vocero y poeta mayor. Esa su simbiosis con Cartagena fue tan absoluta que no habría hipérbole alguna al aseverar que imposible le hubiera sido vivir lejos de su regazo. Con ocasión de uno de los viajes que López hiciera al exterior, escribió el soneto titulado *Adiós*. Allí vemos cómo se le enterece el acento e impregna de risueña melancolía al pensar en una irónica muerte lejos de sus lares:

*...abandoné mis lares  
marcando rumbo hacia  
remotos climas.*

NÓÑEZ DE ARCE

¡Adiós, rincón nativo!... Me voy y mi pañuelo parece un ave herida que anhela retornar, mientras singla el piróscrafo bajo el zafir del cielo, cortando la infinita turquesa de la mar.

¡Nunca podré olvidarte, noble y heroico suelo de mis antepasados!... No te podré olvidar ni aun besando a una chica que sepa a caramelo, ni aun jugando con unos amigos al billar...

Pero al imaginarme que yo no pueda un día tomar a tu recinto, ¡con qué melancolía contéplote a lo lejos, romántico rincón!...

Porque, ¡ay!, todo es posible, no exótico y extraño, si el destino de pronto me propina un buen baño para darle una triste pitanza a un tiburón...

Siempre he pensado que de su amorosa relación con Cartagena, López hubiera podido decir, parafraseando el famoso verso de Robert Frost: *La mía fue una querella de enamorado con mi ciudad*. Por eso en el soneto *A mi ciudad nativa* le hace, como vimos, una final profesión de su amor, un amor acendrado por la costumbre y puesto ya por encima de toda posible decepción:

Mas hoy, plena de rancio desaliño,  
bien puedes inspirar ese cariño  
que uno les tiene a sus zapatos viejos...

Ahora bien, aquí en este punto cumple señalar que la impresión anotada de ambigüedad o desconcierto que suscita este soneto de López a Cartagena, no es privativa de ese texto. Es la misma que – como una constante mayor – prevalece en la totalidad de su obra.

Numerosos han sido los críticos y estudiosos que, partiendo de esa impresión, han intentado desentrañar los impulsos germinales – el *etymon* espiritual – de aquella insólita escritura, en la que aparecen yuxtapuestos o fundidos los más antagónicos elementos: lo heroico y lo vulgar, lo sentimental y lo burlón, lo poético y lo prosaico, etc., todo aquello expresado en un lenguaje en el que parejamente se conjugan giros y léxico del más puro ascendiente literario con pronunciamientos y vocablos del habla cotidiana, tachonado, además, por los símiles y metáforas más sorprendentes y desconcertantes. Casi todas esas exploraciones han aportado – y es cosa de agradecer – esclarecimientos con qué enriquecer la lectura poética de López. Pero han sido, con las excepciones de siempre, enfoques fragmentarios o desviados, como ha sucedido con los de quienes han pretendido interpretar la creación de López, desde un cerrado contexto de orden puramente estético o, lo que es peor, desde el plano abstracto de las teorías sociales o como expresión de determinadas ideologías políticas. No. Esto – como reza el dicho popular – es “andar buscándole tres pies al gato”. Porque el asunto es en verdad menos complejo, como el propio López se empeñó en explicar. Lo sustentaba, en el fondo, una doble singularidad: la del entorno social y cultural en que le correspondió vivir, y la singularidad de su propio temperamento.

Y personaje *sui generis* fue ciertamente Luis Carlos López. Desde el nombre, tan poco apropiado para un poeta, (Emilio Bobadilla le preguntaba en una carta: “¿No tiene usted apellido materno?”), hasta el apodo de *Tuerto*, un remoquete que más parece de pirata, y, además, disparatado, ya que López no fue tuerto sino bizco, pero, apodo muy de Cartagena, una ciudad en la que múltiples personas y también personajes se conocen por sus apodos, y no por burla o crueldad, sino por una particular y regocijada manera de confrontar la realidad. (A su fundador, don Pedro de Heredia, por una marca en el rostro, lo apodaron *El desnarigado*. Y a un ilustre y acatado prelado lo bautizaron como *El águila coja*). Pero el asunto tiene su calado, porque en los sustratos de esa lúdica propensión por los apodos hay que reconocer una indudable capacidad ambiental para la caricatura,

una capacidad que en nuestro poeta alcanzó los más insospechados desarrollos.

Y fue López – como decía – personaje tan *sui generis* que de él existe la más multifacética baraja de imágenes. Algunas, cándidas, fruto casi siempre de una superficial lectura de sus poemas, o del error, muy frecuente, en que incurren quienes asumen que el autor y el protagonista de una creación literaria, son una misma persona. Ejemplo: la imagen de un López poeta y bohemio desmelenado, con su correlativo desaliño, la cual, a quienes lo conocimos, forzosamente nos hace sonreír. Pues López fue pulquérrimo varón, con pulcritud extremada hasta la coquetería de teñirse el pelo, de manos impecables – fumaba con boquilla por no mancharlas de tabaco –, tan tersas y pulcras que parecían de nácar, y daban la impresión de no haber sostenido con ellas peso mayor que el de una pluma; señor, en fin, de la más fina y cuidada estampa, de aire inconfundible, tan esbelto y mosqueteril en el andar, que parecía caminar como la lluvia, sin doblar la rodilla.

De él también se ha dicho, y se dice, que fue un excéntrico, y, apurando el dictamen, que fue un misántropo.

¿López excéntrico? Pero ¿cómo soltar fallo tan aberrante para calificar a quien fuera el hombre y artista más ahincado, arraigado en su centro, en su circunstancia geográfica y vital, circunstancia con la cual estuvo umbilicalmente ligado, con su nativa Cartagena?

Y, ¿qué decir del López misántropo? Nos preguntamos: ¿cómo podía serlo si entre los distintivos mayores de su espíritu estuvo siempre su ternura, la que desplegaba particularmente en el trato con los suyos, y, con los niños, los inválidos y los animales? Fue, además, cultor de la amistad.

¿Misántropo? Pero si fue la suya ánima conmovida por el más púdico amor, la que escribiera aquellos *Versos para ti*:

#### VERSOS PARA TI

*Y sin embargo, sé  
que te quejas  
BÉCQUER*

... Te quiero mucho. Anoche, parado en una esquina  
te vi llegar... Y como si fuese un colegial,  
temblé cual si me dieran sabrosa golosina...  
— Yo estaba junto a un viejo farol municipal.

Recuerdo los detalles, cualquier simple detalle  
de aquel minuto: como si fuese un chimpancé,  
la sombra de un mendigo bailaba por la calle,  
gimió una puerta, un chico dio a un gato un puntapié...

Y tú pasaste... Y viendo que tú ni a mí volviste  
la luz de tu mirada jarifa como un sol,  
me puse más que triste, tan hondamente triste,  
¡que allí me dieron ganas de ahorcarme del farol!...

Un alma, en fin, transida de la más honda ternura por los desvalidos e indefensos, como el ciego aquel de *Fresco amanecer*, el mendigo de *Llovía*, *El trashumante Mateo*, o el oscuro y anónimo muerto de *In pace*.

Recordemos, finalmente, a propósito de su misantropía, que López, a fuer de buen costeño, fue también hombre gozosamente dado a los retozos goliardescos. Quien busque huella en su obra de aquellas jugarretas picarescas, que se asome a poemas como *A Rosalbina*, *Para vuestra merced*, *A Camila*, o *Noche truculenta*. He aquí este último:

#### NOCHE TRUCULENTA

Para libar el jugo de agrios vinos  
– no dejes ver la pierna,  
muchacha – los marinos  
vendrán dentro de poco a la taberna.

Son de brusco perfil, biceps de acero,  
niños enormes de cuadrada espalda  
y andar patojo. – Pero,  
¿te arreglarás la falda?

Con sus jarrones de licor, sus dados  
y sus cachimbas se darán al juego  
carnavalescamente iluminados  
por la epilepsia del candil. Y luego  
terminarán rugiendo una salvaje  
canción sensual. – Del cafetín me salgo,  
porque – ¡bájate el traje! –  
lo que es aquí pasa algo...

Otra imagen muy difundida y de las más desafortunadas de López es la de su anticlericalismo, una imagen extraída exclusivamente, al parecer, de un poema, *Tarde de verano*, mal leído casi siempre y peor interpretado, con su cura del pueblo, blanco para el fusil del poeta. Leámoslo:

## TARDE DE VERANO

*El rico es un bandido*

SAN JUAN CRISÓSTOMO

La sombra, que hace un remanso  
sobre la plaza rural,  
convida para el descanso  
sedante, dominical...  
Canijo, cuello de ganso,  
cruza leyendo un misal,  
dueño absoluto del manso  
pueblo intonso, pueblo asnal.

Ciñendo rica sotana  
de paño, le importa un higo  
la miseria del redil.

Y yo, desde mi ventana,  
limpiando un fusil, me digo:  
– ¿Qué hago con este fusil? –

Pues bien, partiendo de una superficial lectura de este poema, como anotaba, se ha pretendido instaurar la imagen del López ‘comecuras’, tan desajustada con la realidad, sin reparar en que muchas de las otras referencias clericales que aparecen en su poesía poco o nada tienen de agresivas. Refresquemos la memoria. En *Campesina, no dejes...*, por ejemplo, aparece otro cura, pero al que López reconoce y exalta como un “alma sencilla”. Así mismo, en su soneto *A un conductor de almas*, lo que encontramos es una conmovida evocación de un virtuoso pastor. No hay que fiarse demasiado. Había mucho de retozo para espantar la beatería local en esa presunta actitud anticlerical. Mas si, volviendo al precitado poema de marras, lo leemos bien, observaremos fácilmente que lo que en él predispone para que al cura protagonista le disparen un fusil, no es su condición de cura, sino la forma como incumple su misión, su condición de “dueño absoluto del pueblo” y ese su andar “ciñendo rica sotana de paño”, mientras “le importa un higo la miseria del redil”.

Finalmente, hay que recordar que López, antes de morir, recibió los sacramentos. Y como no perdió el humor ni siquiera en aquel trance, dirigiéndose a algunas personas de dudosa ortografía que por allí estaban, les decía: “¡Se los recomiendo, se los recomiendo!”.

Ahora bien, al llegar a este punto, es lógico suponer que estén ustedes preguntándose: pero, en final de cuentas, ¿cómo fue Luis Carlos López?

Para responder, a más de lo ya anotado, afirmarí, con intención de síntesis y sin azoros de ninguna clase, que en su perfil humano y en los signos característicos de su escritura, quedaron reflejados los rasgos diferenciales del alma de su ciudad, con cuyas esencias se impregnó e identificó plenamente el alma del poeta. El propio López definió alguna vez ésta, su identificación con la ciudad. Aquí están sus palabras: “Yo soy eminentemente anfiscio y Cartagena lo es en grado sumo. Aquí hay que prosternarse, conmovido por dentro y burlón por fuera”. Y así, por anfiscio, como ella y por ella, se desdobló en la ambigüedad que a los dos – ciudad y poeta – distingue, para ser, al tiempo, respetuoso e irreverente, sentimental y burlón, tierno y mordaz, generoso y zumbón.

Y, efectivamente, no hubo un rasgo suyo que no fuese reflejo del modo de ser de su ciudad. Empezando por el más sobresaliente: su bondad, porque, por encima de todo, López fue un hombre – como diría Machado – “en el buen sentido de la palabra, bueno”, limpia y verticalmente honesto. Y fue también dueño y señor de su dignidad y altivez. Nunca su austera nobleza gastó concesiones a la vanidad. De la fama, sólo le tentó el renombre, y así, orgullosamente, gustó el halago de saber exaltada su obra por jueces como Unamuno, Darío, Valle Inclán, Amado Nervo y, entre los colombianos, Sanín Cano y Eduardo Castillo. Por las regalías, o cualquier forma de rentabilidad de sus creaciones guardó siempre un olímpico desdén. Así se explica la franciscana pobreza de sus postreros días. Prefirió a todas horas su fiera altivez a cualquier repertorio de sinuosidades para subir “poco a poco de escalón a escalón”.

Y junto a su desdén por lo económico, estuvo su generosidad. De comerciante, en la tienda de ultramarinos que tuvo con su padre, regalaba a los niños los dulces por puñados; de consagrado escritor, regalaba sus poemas a los amigos y jóvenes escritores para aprestigiar y hacer productivas con ellos las revistas que publicaban. Fue, sí, hombre tímido, pero también fue hombre sociable, gran caballero de suaves y finas maneras. No fue nunca esquivo con quien entraba en contacto con él. Rehuía, eso sí, el trato con los aduladores y la acosante jauría que iba tras de su rastro con su impertinencia o estupidez. Para defenderse de ellos se atrincheraba en su supuesta hurañez, y los espantaba, se los quitaba de encima, con el aguijonazo gracioso, el puntillazo cáustico o la estocada mortal, que él calibraba según la magnitud de la agresión.

En cambio, ¡cuánta gentileza y derramada gracia prodigaba, a los amigos, en la intimidad! Sí, López fue hombre sociable y tanto que, por sus mocedades, fue asiduo frecuentador de clubes, y hasta garboso bailarín y, ya por sus madureces, y por el reconocimiento que suscitaba su obra, eje de tertulias o centro de caudalosos homenajes.

Y, como buen cartagenero, fue también irreverente, con una irreverencia que le venía de la cotidiana frecuentación con la historia grande, el bronce y el mármol, y de su humanismo básico, de fondo, que le hacía anteponer para su respeto las personas a los personajes, y respetarlos únicamente en función de su verdad, virtudes y valores. Porque respetuoso fue siempre con lo sagrado, lo honesto y verdadero. Con lo que no transigió nunca fue con la impostura, la trampa o la mentira, con ninguna forma de la fatuidad, de eso que el pueblo cartagenero, con gracia muy propia, llama “la fartedá”, es decir, lo artificioso, lo falso, lo postizo. Por eso fustigaba con su sátira las posturas y simulaciones afrancesadas de “Los que llegaron de París”. Por eso fue el gran denunciador de lo que Jorge Zalamea Borda llamó “La comedia tropical”.

Algunos han creído ver en la sátira de López y la acritud de su poesía social la proyección de un espíritu revolucionario, tanto en su actitud civil como en su expresión literaria. Ciertamente, no creo que nadie se aventure a negar que la suya fue la menos adocenada de las conductas pero, pasar precipitadamente de esta inicial y veraz consideración, a decir que la sátira social en su poesía fue consecuencia de una postura o mentalidad revolucionaria, es ya demasiado. No. López, a pesar de los explosivos elementos que hay en su obra, fue espíritu apacible, lo menos dado a subvertir orden de ningún tipo. Para interpretar su poesía de protesta social no hay que inventarle ninguna ideología especial, mucho menos extranjerizante. Porque lo que en aquellas páginas de protesta social realmente quedó consignado fue el testimonio del inconformismo y censura de López frente al deterioro que invadió la atmósfera social de su ciudad, con la irrupción del llamado progreso moderno, que tanta mella causó en las normas e ideales del pasado.

En efecto, a López, hijo raizal de Cartagena de Indias, familiarizado, desde niño, en el ámbito de su ciudad, con la esencia de lo heroico y lo grande, le correspondió presenciar después la erosión de su antigua grandeza, a manos de la medianía insolentada, el fariseísmo y la más variada gama del arribismo.

Para un poeta de la fibra idealista de López tenía que serle imposible, frente a aquel desbarajuste, asumir la postura de un indolente e impasible espectador. Y así prefirió, antes que trasnochado poeta supérstite de una heroica edad abolida, ser el satírico poeta antiheroico de una época antiheroica. Y lo hizo no por consignas partidistas, no por resabios moralistas – nada más extraño a López que la posición de *dómine deshumanizado* –, sino por limpio amor a su ciudad, por fidelidad a sus mejores esencias, y por todo lo que en él, a pesar de sus ímpetus románticos, alentaba de temperamento clásico, de espíritu inhabilitado

para admitir, como él decía, “que el mundo girase con un pequeño desnivel”. Quería las cosas en su sitio, en una ordenación que respondiera a una justa jerarquía de valores. Por eso cuando hacían su aparición desfachatada lo injusto, lo usurpante, lo falso, lo desesperadamente sumiso – *¡aquellas solteronas de provincia!* –, lo abusivo instituido, el egoísmo, la prepotencia o el vandalismo, entonces sí se le disparaban las palabras de su sátira como dardos ardientes. Y, repito, lo hacía porque el hombre rebelde que había en él era incapaz de asistir, con “la indulgente pasividad del buey”, al atropello de los valores que configuran la decencia y humana dignidad, a la subversión de su orden clásico. Entonces era cuando dejaba de reír, cuando, con la indignación de que es capaz toda alma noble, se rebelaba ante el escándalo, y tenía que envidiarle a Satán “su alegre carcajada” ante el espectáculo de “los tigres comiéndose a los ruiseñores”.

Y si de lo social pasamos a lo poético, apuntaré que varios críticos literarios han considerado asimismo la obra poética de López como la creación de un revolucionario. Sin embargo, nada más apartado de su pensamiento que tales presunciones. Porque, aunque no lo parezca, esa obra no estuvo condicionada por ningún intento revolucionario, pero ni siquiera innovador suyo. ¿Pruebas? Voy a citar enseguida las declaraciones que en una importante entrevista hiciera López al periodista cartagenero José Morillo, en las postrimerías de su vida, en 1950. Decía López: “Nunca presumí de innovar en poesía, de ser un ‘poeta nuevo’ en mi época. Apenas me he considerado un autor con un modo de sentir distinto, producto de un temperamento propio”. Con pareja exactitud señaló que tampoco buscó una ruptura con la generación anterior. Muy por el contrario, profesó honda admiración por las cimeras figuras del modernismo. Lo que es más: sentía, con ufanía, que, en la suya, se continuaba y perfeccionaba la revolución poética comenzada por aquellos poetas.

Se me dirá, y es cierto, que tuvo una juvenil escaramuza con Rubén Darío, cuando éste dirigía la revista *Mundial Magazine*, desde París. Pero aquello, lo sabemos, no pasó de un simple mal entendido. Darío era, además, y lo fue siempre, admirador de López. Por otra parte, la huella de Darío en López es visible. (...*mientras singla el piróscapo bajo el zafir del cielo, / cortando la infinita turquesa de la mar*).

Ahora bien, todo lo dicho hasta aquí podría considerarse como un retrato a mano alzada de Luis Carlos López. Pero ese retrato me parece que quedaría incompleto si no se lo complementara con un boceto de lo que fue su parábola vital. Importa hacerlo, además, porque en torno a la vida de López ha habido tanta inocua especulación episódica, que hoy resulta

imperativo mostrarla en su esquematismo indispensable, esencial. Y es que López no tuvo biografía accidentada. No hubo en ella peripecias mayores, inestabilidad, trashumancia o hazañas espectaculares. La caracterizó el orden y el plácido discurrir familiar.

La parábola de esa vida es circular. Nace, como es bien sabido, en Cartagena de Indias, bajo el signo de Géminis, el 11 de junio de 1879. Únicamente abandonará el solar nativo para cortos viajes – Bogotá, Nueva York – y dos ausencias largas, no buscadas, para servir de cónsul general, primero, en Munich –el viaje resolvía momentáneas complicaciones– y luego, en Baltimore, para tratarse los ojos, cuya visión tenía muy disminuída. Después, cerró, con su regreso, el círculo, para quedarse, hasta su muerte, en Cartagena, ocurrida el 30 de octubre de 1950.

Tan poca trascendencia daba López a estos pormenores biográficos, que, para tomarles conjuntamente el pelo a eruditos y desprevenidos, elaboró una falsa autobiografía que envió a la Biblioteca Nacional de México. Decía así:

“López Luis C. ha publicado: “Algo de crítica”, “El Huerto de Nazaret”, “Proscenio Bárbaro”, “María Paz” (novela) “Abajo las Mitras” (caulinarias anticlericales). “La Vaca Peluda” (cuento popular), “De mi Villorio”, “Varios a varios”. Ha colaborado en “El Pendón Azul”, “El luchador”, etc., etc. Doctor en medicina, especialista en obstetricia. De la Academia de Medicina de Bogotá; de la Academia de Ciencias en Madrid; de la Academia de Historia y del Instituto Politécnico Martínez Olier. Ha sido profesor de Anatomía Patológica; de Química Orgánica; de Física Médica y de historia de la Literatura Universal. Nació en el Cerro de San Antonio (Departamento del Magdalena, Colombia) en 1885. Ha sido diputado, representante, senador y Ministro del Despacho de Salubridad Pública (hoy Instrucción y Salubridad). Consejero Municipal de Cartagena, Procurador del antiguo Estado Soberano de Bolívar, Rector de la Facultad de Medicina y Secretario de Gobierno del Estado de Bolívar. Actualmente desempeña la Secretaría de Instrucción Pública del mismo Estado hoy Departamento”.

Cuatro etapas puntualizan con nitidez la biografía de López. Primeramente, la de una infancia sin sobresaltos, sustentada en la seguridad que proporcionaba un padre correctísimo y el afecto de una madre, a la que amó hasta la veneración. Segunda, la de una adolescencia sin complicaciones, centrada en el estudio. No fue mal estudiante. Cumplido el bachillerato, inició la carrera de medicina, que abandonó con la Guerra de los Mil Días. Más tarde se vinculó a la firma importadora de ultramarinos que tenía su padre, actividad que abandonó pronto para hacerse periodista.

Ensayó también alguna incursión en la política, pero lo derrotaron. Fundó, después, con sus hermanos, *La Unión Comercial*, un curioso periódico bilingüe – en español e inglés – encaminado a promover las inversiones extranjeras.

La cuarta y última etapa corresponde a los largos años finales, en los que, a la satisfacción por el universal reconocimiento de su obra, se mezclan, desapacibles, las estrecheces económicas, la quebrantada salud, el fastidio y el desencanto.

No es de extrañar que, con los desencantos, se acentuara en sus poemas la nota meditativa. Y el ensoñar. Y el añorar:

... Mis sueños  
nostálgicos cual una  
emigración de pájaros marinos,  
vuelan sobre el velamen  
que se despide, como un grán pañuelo,  
en la convalecencia de la tarde

Y así será hasta el final, con esporádicos descensos, desde la paz de su intimidad, a la “villa amurallada”, aunque fuese no más que para reafirmarse en el hastío y el regusto por la soledad:

De tiempo en tiempo, “en el Abril florido”  
bajo a mi villa... ¡Oh, villa amurallada  
de San Pedro Claver, donde han nacido  
Rafael Núñez y Antonia la Pelada.

Y en la villa me aburro, y aburrido  
de mí, de tí, de aquél, de todo y nada,  
vuelvo a mi soledad, como a su nido  
regresa el ave herida y desplumada...

Mal podría yo terminar esta aproximación a la vida y quehacer de López sin un intento por comentar la novedad que su creación poética implicó en el panorama de las letras hispanas.

¿Cuándo se inició su actividad poética? Fue tentación temprana, al igual que el cultivo de la pintura, que estudió con maestros de la talla de Epifanio Garay, y que tan evidente huella dejó en su manejo del dibujo y el color en la poesía.

López no dejó obra vasta, por varias razones. En la etapa inicial, por el rigor crítico con que escribía. Se ha hecho prosperar una imagen suya – otra más – de improvisador, de poeta de vena fácil, que escribía alegre

y despreocupadamente, sin mayores inquietudes de aliño. Y no fue así, porque, desde sus inicios, y a pesar de que le sobaban aliento poético e impulso creador, cuidaba en extremo su escritura, siempre a la búsqueda de su propio lenguaje. Hasta el final, mantuvo una preocupación casi enfermiza por la precisión y economía de los vocablos. Ese rigor idiomático, hay que anotarlo, fue a ratos casi excesivo: son los momentos en que López bordea lo libresco, y su palabra tiene sabor a diccionario.

Nos dejó cuatro libros, *De mi villorio*, 1903; *Posturas difíciles*, 1909; *Varios a varios*, en colaboración con Manuel Cervera y Abraham Z. López Penha, 1910 y *Por el atajo*, del que hay dos ediciones, de 1920 y 1928, cuajado fruto de su cuidada escritura, en la que asombrosamente, casi no hubo tanteos. Porque desde los pininos literarios de López se ve ya cómo se adensa y precisa rápidamente su estilo. Se distinguen pronto, con perfiles netos, la andadura de su verso, la seguridad y rapidez de su dibujo, sus delectaciones cromáticas y los demás rasgos diferenciales de su expresión poética.

¿En qué consistieron básicamente esos rasgos estilísticos diferenciales? Ante todo, me parece, hay que destacar la originalidad de su mundo temático, referido fundamentalmente a la confrontación de su propio entorno, pero confrontación realizada con una singularísima visión de la realidad, con una manera muy particular de mirar las cosas, por virtud de su enfoque plenario, totalizante.

Se ha dicho que todo paisaje es una selección. Puede ser. Pero los paisajes de López no están hechos por la selección de determinados elementos sino por la inclusión y entrega de una visión integral de la realidad, en la que lo sublime y lo cursi, lo noble y lo bellaco, lo trágico y lo cómico, aparecen inseparables, como se hallan en la vida. Cabe observar que las contradicciones y ambivalencias inherentes a ese tipo de visión ofrecen posibilidades extraordinarias para un juego de contrastes, que utilizadas como lo hace López, se resuelven en los efectos de vis cómica más sorprendentes.

Pues bien, de esa visión totalizante, muy caribe, por lo demás, debieron desprenderse, a mi modo de ver, los principales recursos expresivos que configuran el que podríamos llamar poema típico de López. En primer lugar, su lenguaje poético, un lenguaje en tono menor plasmado fundamentalmente por la amalgama, desconcertante, de un léxico culto, de extracción muy literaria, hasta preciosista, y los vocablos más prosaicos y coloquiales, sin exclusión de lo feo, o lo escatológico. En verdad, López fue de los primeros en abrir los diques de lo que Jorge Guillén llamó "lenguaje de poema", con demostración de que toda palabra cabe en el poema, lo que por contera abrió perspectivas temáticas antes inimaginables.

En un segundo plano – no menos importante – aparecen los símiles y metáforas de López, que, por pareja vía, brotan de la aproximación de los elementos más contrapuestos, contradictorios o antagónicos de una realidad, como dije, confrontada de manera integral, en toda su plenitud. Porque López raramente conjuga o aproxima, en trance analógico, dos elementos situados en un mismo plano de belleza; así, no compara, por ejemplo, los ojos con un lago, la boca con una rosa o clavel, etc., sino que lo hace, casi siempre, por vía de contraste o contraposición de lo poético con lo prosaico. Así el cabello rubio y ensortijado de una muchacha no es para él – valga el símil – una cascada de oro, sino “*coliflor en mostaza*”; de las alemanas dice que tienen el pelo “*color de mantequilla*”; de unos ojos grandes, que son “*ojos de queso de Gruyere*”; en otra ocasión, comenta de alguien que es “*más serio que un cerrojo*”; y en otra, califica a una mujer de “*traidora como la cerradura de un hotel*”. Cuando esta técnica metafórica se aplica a la descripción de un paisaje, el resultado, más que a una descripción, se aproxima a la caricatura de ese mismo paisaje. Un ejemplo, *Cromito*:

#### CROMITO

Domingo de murria, de holgazanería  
parroquial. Parece que la población  
sufre a mediodía  
la modorra de una mala digestión.

En las albuferas de la cercanía  
no cruza manchando la vegetación  
ni una romería  
de alcatraces. Febo tiene congestión.

La testa del cerro, rugosa y rapada,  
brilla con los tintes de la mermelada,  
y detrás de un techo de color de ají

se asoma el cigarro de una chimenea,  
que en la paz del croquis, lentamente humea  
taladrando el cielo como un berbiquí...

No menos audacia y eficacia demostró López en la combinación de ingredientes de tan difícil aproximación como lo sentimental y lo irónico. A veces, la expresión no rebasaba lo sentimental puro, como en *Para ti*; en otras, como en *De postre*, nos entregaba lo irónico o burlesco por

separado; en sus poemas más característicos, *Se murió Casimiro*, por ejemplo, se confundían entremezclados. Veamos el último:

### SE MURIÓ CASIMIRO...

*A muertos de mogollón  
da de balde la parroquia*  
QUEVEDO

Se murió Casimiro el campanero  
de la iglesia rural. Y esta mañana  
lo llevaron al último agujero  
con tres o cuatro dobles de campana...

Se lo llevaron bajo un aguacero  
definitivamente. — Y quedó Juana,  
su sobrina, sin sol y sin alero,  
¡y tan hermosa como casquivana!

... ¡Y quién podrá decir que Casimiro  
no apuró sorbo a sorbo, en un suspiro  
y otro suspiro, un cáliz de amargura,

conociendo la lengua viperina  
de las devotas! ¡Conociendo al cura!  
¡Y conociendo tanto a su sobrina!

Observaré, para terminar, que López fue un verdadero virtuoso en el uso de la ironía y el desplante humorístico y epigramático para diluir lo sentimental. Porque en el fondo fue eso: un sentimental, pero un sentimental celoso de su intimidad, que no alardeaba de serlo. Por eso, muchas veces, después de iniciar un poema con el más limpio vuelo lírico, como si de pronto y a disgusto, se sorprendiera a sí mismo reflejado en aquel trance romántico, le clavaba entonces al poema el alfiler de su ironía o su humor para hacer que, finalmente, nos estallase en la cara, igual que un globo de colores.

Por las observaciones que hasta aquí he formulado acerca de los principales recursos expresivos de López, vemos cuánta razón lo asistía al declarar que sus innovaciones no fueron fruto de conato alguno revolucionario, sino de un talante y temperamento particular. Por eso su escritura no hizo escuela ni nos legó una retórica. Nos dejó una actitud. Y, ciertamente, sus innovaciones nunca implicaron una ruptura con la

tradición; fueron más bien variaciones dentro de las normas establecidas por la poética tradicional, pero fueron de tanto efecto y resonancia que no faltaron quienes por ellas se llamaran a escándalo, sobre todo por las audaces variaciones métricas que introdujo al combinar caprichosamente versos de la más variada extensión, como lo hizo particularmente en los sonetos que provocaron la ira de la crítica ortodoxa, y la movieron a descargar sus centellas sobre la frente del poeta.

Atrás dije que López nos había dejado una actitud. Y es cierto. Y una actitud – hay que subrayarlo– que aún no le ha sido reconocida debidamente: la de haber sido uno de los primerísimos poetas latinoamericanos que centraron su atención sobre la propia circunstancia, para indagarla y confrontarla trascendiendo lo simplemente pintoresco, el folclorismo y los devaneos de color local, y ahondar, en cambio, en lo intransferible y esencial.

Sus exploraciones ambientales, sus disecciones en nuestra urdimbre social y en los meandros de nuestra idiosincracia, desde un principio marcaron pauta y se constituyeron en referencia ejemplar para el quehacer de los escritores que vinieron después. Secreta y cómplice, en la escritura y la actitud, a mi modo de sentir, existe una línea que pasando por Huidobro y Vallejo, va de Luis C. López a Nicanor Parra el poeta y Gabriel García Márquez, el fabulador.

El consenso de varias generaciones y los juicios de la más rigurosa y ponderada crítica han conferido a López la jerarquía de poeta mayor con que hoy figura en nuestro parnaso. Y poeta mayor, no porque en su poesía alentara, subyacente, una metafísica propia; menos aún por el volumen de su producción o por su hondura y riqueza psicológica, sino, definitiva e inapelablemente, por la autonomía y singularidad de sus creaciones, de mundo propio traducido a estilo propio, fantástico o real el primero, inconfundible e intransferible el segundo. Otros poetas habrá más grandilocuentes que él, con más engreída tramoya, y otros más dulces o musicales. Ninguno lo aventaja en la reciedumbre, riqueza y singularidad de su capacidad creadora, en su autenticidad de hombre y de poeta.

RAMÓN DE ZUBIRÍA

Seminario Andrés Bello  
Bogotá